
Cuentos de brujas en tierras del Jiloca

José María de Jaime Lorén*

Los cuentos de la yaya Paca de Calamocho, lo mismo que las historias, las leyendas o dijendas más o menos verídicas, de las que no tenía mas remedio que echar mano cuando el repertorio de cuentos se agotaba, solían estar agrupados por temas. Por eso, según las circunstancias en que se desarrollaba la narración escogía unos u otros.

Había por así decirlo, cuentos de paseo, que me relataba cuando la acompañaba a pequeños recados domésticos, como ir al molino, a por agua para cocer las judías a la fuente de la Cirugeda, o simplemente cuando la acompañaba a dar una vuelta por las fincas. Estaban también las historias de la merienda, casi siempre pan del horno de Saboga con el acompañamiento correspondiente de chocolate “Muñoz”, vino y azúcar, o aceite y sal. Por último no faltaban relatos más lúgubres y fantásticos, que se desarrollaban por lo general junto al fuego del hogar, al tiempo que contemplaba las curiosas formas que adoptaban las llamas cuando ascendían por el tiro de la chimenea.

A estos precisamente correspondía lo que podemos llamar el género de Brujas. Cuentos en los que la narrativa popular concede a estos siniestros personajes un aspecto un tanto familiar y próximo, que, sin merma de su tradicional aureola lóbrega y misteriosa, nos hace ver su faceta más humana y vulnerable. Son seres de ficción que, como las personas que presuntamente las encarnan, son susceptibles de equivocarse o de padecer las bromas y chirigotas de sus convecinos. Brujas de pueblo, de las de ir por casa, entrañables al cabo y, por supuesto, desprovistas de ese componente dramático y terrible que las ha asimilado hasta convertirlas en un elemento más de la vida vecinal.

*Universidad CEU-Cardenal Herrera (Moncada, Valencia)



Fuente de la Cirujeda, donde íbamos por agua para cocer judías

Las brujas y la cadiera

Estas brujas calamochinas, como el resto de sus colegas de otros lugares, acostumbraban a celebrar sus rituales las noches de luna llena alrededor de una buena hoguera. En el monte, si hacía buen tiempo, o en alguna casucha abandonada de las afueras, los días del crudo invierno.

Así, cuando el reloj de la torre daba con su lentitud habitual las doce campanadas de la media noche, poco a poco salían de sus casas las comadres con sus escobas correspondientes y se llegaban “en un voleo” al punto de la reunión. Entre nubes espesas de humo amarillo y en medio de un fuerte olor a azufre, recitaban sus ensalmos y hacían sus sortilegios. Cada una que se llegaba al fuego echaba ramas y diversas materias combustibles que lo avivaban, arrancando de las llamas mil chispas y rayos multicolores entre el regocijo general de las participantes en la ceremonia.

Quiso la casualidad que una noche de aquelarre invernal en una caseta abandonada de las afueras, un desocupado vecino que por allí andaba zascandileando y

desafiando a los hielos, atisbó por uno de los ventanos el formidable espectáculo de luz y sonido que se desarrollaba en el interior, y cómo, al final de los conjuros, salían todas volando una tras otra sobre los mangos de las escobas por el tiro de la chimenea. Ni corto ni perezoso comentó la novedad a unos cuantos amigos suyos, que decidieron en cuadrilla embromar a las infelices brujas.

Unos días antes de la luna llena siguiente, con tiempo, embadurnaron bien con cola de pez toda la cadiera y los bancos del caseto de las reuniones. Recitadas las correspondientes abracadabras y hechos los conjuros de rigor al siguiente plenilunio, cuando ya la primera claridad asomaba por el puerto de Navarrete, vieron como en medio de un gran estrépito salían volando las comadres por la chimenea, llevando pegado en el culo los bancos y las sillas donde habían estado sentadas, rompiendo en mil pedazos todo el tejado, y causando la hilaridad general de los bromistas que contemplaban desde lejos la escena.

¡Barbas hiláis...!

En todos estos pueblos de la contornada del Jiloca y del Pancrudo, y me supongo que también en los del resto de Aragón, la imaginación popular ha asociado siempre la figura de la bruja con los gatos negros. Esta superstición todavía hoy se mantiene en muchas gentes, que huyen o que al menos procuran evitar los encuentros fortuitos con estos mininos. Y por no tomar esta sencilla precaución, le pasó lo que le pasó a una buena mujer de Cuencabuena.

Antes de nada, recordar que la vieja rivalidad entre Luco y este último pueblo de la sierra hacía que los de aquel pueblo atribuyeran a los de Cuencabuena las más disparatadas historias, y que éstos, a su vez, obsequiasen a los de Luco con parecidas represalias. Claro que, como la yaya Paca era del pueblo de la ribera, para mí que la dijenda debió ocurrir en Cuencabuena.

Bueno pues, es el caso que una señora de este pueblo apenas prestó atención al hecho extraordinario de que un gato negro, desde hacía ya algún tiempo se le apareciese casi todos los días por los graneros y cambras de la casa. Pero no se crea que era un misino cualquiera de esos falderos, no. Era un formidable gatazo negro, cuyos ojos brillaban en la oscuridad traspasando escrutadores las tinieblas más oscuras. Como tras el ¡zape! Correspondiente, desaparecía con el mismo sigilo con el que se dejaba ver, la mujer no le prestaba mayor atención.



Cuencabuena. Ayuntamiento

Pero, ¡ah amigo!, un buen día que el marido se hallaba en el monte y estaba ella sola en casa, se le apareció el minino de golpe cuando se hallaba en la cuadra. Había bajado allí como lugar más caliente de la casa, pues los animales la caldeaban bien, con el objeto de hilar unas madejas de lana. En este menester se ocupaba cuando, en silencio, el formidable gatazo dio toda la vuelta a la estancia para plantarse frente a ella retador y desafiante.

De nada sirvieron en esta ocasión amenazas ni zapes, el felino aquel no se movía ni un pelo de allí. De pronto una voz sobrehumana atronó las bóvedas de la cuadra diciendo: “¡Barbas hiláis...!”. Unos instantes de duda, y la reacción fulminante del ama: “¡Gato y habláis...!”. “¡Cataclás!”. La rueca que vuela por los aires y que se estrella sobre el lomo del gato. Extraños y espantosos maullidos acompañaron la huida del animal, cuyo tronco se plegó con agilidad para atravesar la gatera de la puerta de la calle.

Valiente en verdad se había mostrado la buena cuencabuenera del cuento aquel, que se limitó a recoger los restos de la rueca de hilar al paso que murmuraba: “Mañana en Luco, alguna comadre aparecerá coja”.

A las eras de Tolosa

Pero no se crea que estas brujas de Calamocho o de Luco se limitaban a sus funciones locales las noches de luna, no. En determinadas ocasiones acudían a las grandes concentraciones brujeriles en las inmediaciones de la localidad guipuzcoana de Tolosa, donde se daban cita cientos y cientos de brujas que procedían de los más apartados lugares. No se sabe a buen seguro que días precisamente tenían lugar estas “peregrinaciones”, pero sí la forma en que se llevaban a cabo.

La convocatoria era siempre en plenilunio normal. Con tiempo, nuestras brujas se recogían en alguna era de las afueras del pueblo antes de la media noche, cada una con su correspondiente escoba alrededor de una hoguera, unas con escobas domésticas de palma y mango de caña, otras con bastos escobones de mimbres o de boj de los que usaban para barrer las calles o las eras con una gruesa rama por mango.

Bueno pues, reunidas las brujas y dispuestas para la travesía, se adelanta la más anciana de todas y recita las palabras del ritual: “¡Por encima de rama y hoja, nos iremos a bailar a las eras de Tolosa!”. Acto seguido, y en riguroso orden, despegaban cada una sobre su escoba e iban gradualmente ganando altura enfilando la dirección que las llevase a esa ciudad vascongada. Allí celebraban grandes bailes, danzas y otros aquelarres, que sólo terminaban con las luces del alba en que regresaba cada una a su pueblo y a su casa.

Pero ocurrió en cierta ocasión que, posiblemente por achaques de la edad, la bruja encargada de dar la salida, equivocó las palabras del ensalmo pronunciando este otro: “¡Por debajo de rama y hoja, nos iremos a bailar a las eras de Tolosa!”. Buena ser armó, pues en lugar de viajar hasta la ciudad vascongada sobrevolando bosques y campos, lo hicieron casi a ras de suelo por debajo de las ramas de los árboles que arañaban sus rostros, y tropezando con cuantos obstáculos se interpusieron en su camino.

Se dice que, desde entonces, las brujas de las tierras del Jiloca, tienen mucho cuidado cuando eligen la encargada de dar la salida para volar hasta las eras de Tolosa.

La bruja de Luco

Según me contaba la yaya, todos los pueblos de Aragón tuvieron siempre sus propias brujas. Lo mismo los grandes que los pequeños. Es más, seguramente que las brujas de las pequeñas aldeas eran más espabiladas y agudas que las de las ciudades. Ahora que, en bien pocos sitios se llegaba a conocer con precisión cual era su bruja representativa. Por razones que no vienen al caso, las comadres del oficio ocultaban éste temerosas de los castigos que podía acarrearles. Por eso el mérito de los de Luco, ese pequeño pueblo de la ribera del Jiloca, que tuvo la agudeza de llegar a conocer a su propia bruja.

Hubo siempre en el lugar una familia de las buenas, la casa grande, de esas de muchos pares de mulas, que ocupaba una de las viejas casonas con cuadras, graneros, bodegas y muchas habitaciones. Residían siempre en la misma dos y hasta tres generaciones de familiares de abuelos, abuelas, padres, madres, hermanos, hijos, sobrinos, nietos, tiones, solteras, mozos, mocetes, niños, niñas y demás parentela. Todos con más o menos armonía, pero acatando en todo momento la autoridad indiscutible del jefe del clan: el abuelo mayor.

Y entre todo este enjambre de personal que se mezclaba con criados, pastores, gañanes y mozos de mulas, había una vieja argüellada, menuda, siempre enlutada y siniestra, muy amiga de ir a todos los entierros, y de rezar las oraciones de las ánimas, del perdido, de los emparedados...

Se la podía ver sentada siempre en el mismo rincón oscuro de la iglesia, su figura parecía formar parte del decorado de la parroquia. La gente la miraba con mal ojo, y evitaba en lo posible tropezarse a solas con ella por los cantones y caminos. Y así iban las cosas, cuando empiezan a suceder una serie de desgracias por el pueblo que asustaron a todo el vecindario.

Primero fue uno que cerró el pajar una tarde después de guardar allí las talegas con el grano de la cosecha, y que a la mañana siguiente había ardidido por completo. Otro día, cierto vecino dejó en la cuadra el macho junto al de su coyundero, de noche siente unos relinchos extraños del animal y a la que llega lo encuentra con el rabo tieso sin remedio. A un pobre pastor, se le morían una a una las ovejas sin que el veterinario ni nadie acertasen con la causa de tan misteriosa enfermedad. En los corrales las cosas no andaban mejor, las gallinas no ponían un huevo ni medio, estaban en continuo desasosiego y con las plumas tiesas y empinadas.

En fin, toda una serie de sucesos extraordinarios que eran la comidilla por los mentideros de Luco. La gente hablaba con temor en el lavadero, en la fuente, en la

taberna o en el abrevadero. Al parecer, estas desgracias se asociaban siempre con la presencia de un formidable gato negro y reluciente, cuyos ojos amarillentos relampagueaban en la oscuridad, y que siempre aparecía en todos los siniestros.

La voz se fue corriendo, y la gente quedó al tanto y prevenida por si el misino asomaba la jeta por algún punto de la casa o de la hacienda. En esto, el molinero que estaba tomando el fresco tranquilamente a la anochecida, siente unos bufidos recios por el granero y sube a escape para ver lo que era. De golpe se tropieza frente por frente con el gato negro de marras. Hombre templado y decidido, por su cabeza pasa en décimas de segundo la imagen de la bruja, agarra dos patatas de un cesto terrero que tenía a mano, y ¡zás!, le atina un patatazo al felino en todo el espinazo. El gato huye atemorizado cojo y maullando.

Al rato, todo el pueblo sabía que a la bruja le habían arreado un cantazo de los buenos, era ya pues cuestión de ver al día siguiente que mujer era la comadre, porque de seguro tendría que acusar la herida. Parecía domingo por el gentío que se juntaba en corros que murmuraban por las esquinas y callizos. Las mujeres eran miradas y remiradas tratando de ver cual cojeaba o andaba de medio lado. Poco a



Luco de Jiloca

poco iban dejándose ver, unas a comprar, otras a lavar los cacharros; en fin, cada una a sus quehaceres rutinarios, todas las mujeres de Luco fueron apareciendo aquella mañana. ¿Todas...? Todas no, porque en esos instantes, salía el médico de la Casa Grande en medio de la expectación general. Pronto se corrió la voz. La vieja argüellada del rincón oscuro de la iglesia, estaba baldada en la cama y no podía moverse de la cintura para abajo. No era menester hablar más, rápidamente se fueron deshaciendo los corros, y la gente se marchó a su casa. Todos sabían ya con certeza cual era la bruja del pueblo.



Luco de Jiloca. Casa Grande